

El conductor del presidente de la Diputación
balcó a las 11 de la noche
"La solución contra el terrorismo sólo"



El Gobierno y la familia Oriol insisten en neg...

Ningún comunicado de ori-
gen fiable ha sido emitido en el
primer día del año por los se-
cretarios del señor Oriol.
Por su parte, la esposa y el hijo
mayor del secuestrado transmi-
tieron un mensaje por Radio
Nacional, cuyo texto reproduc-
timos en páginas nuevas.
El dato más importante de la
jornada podría consistir en la
existencia, cada vez más clara,
de un propósito negociador por
parte del Gobierno. Interesado
en soluciones rápidas,
seguiría la
con vida al
último indultado
un deca...

EL PAIS

Pistoleros de extrema derecha siembran el terror en Madrid

El grupo armado en Madrid, formado por pistoleros de extrema derecha, ha sembrado el terror en la capital. Los ataques se han multiplicado en los últimos días, y los responsables han declarado que no se van a rendir hasta que no hayan alcanzado sus objetivos. Entre los ataques se cuentan la explosión de un coche en una zona residencial y el asesinato de un funcionario público. Los responsables del grupo han declarado que sus acciones son necesarias para cambiar el rumbo del país.



Vocación Terrorista EN LA MADRUGADA DEL 18 DE JULIO

UNAS TREINTA BOMBAS HICIERON EXPLO-
SION EN LA MADRUGADA DEL 18 DE JULIO.
CONSIDERABLES DESTRUCCIONES EN LA CASA
DEL MINISTERIO DE JUSTICIA Y EN...

LIBERTADES Y ABSTENCION



Las libertades y la abstención son temas clave en el debate político actual. Los partidarios de la libertad argumentan que es esencial para el desarrollo de una sociedad democrática. Por otro lado, los defensores de la abstención sostienen que es necesario para mantener la estabilidad y el orden. Este debate se refleja en las posturas de los principales partidos políticos.

Fueron...

El conductor del presidente de la...
fue el 11 de la noche...
la solución contra el terrorismo...

ELVO Editorial
info@elvoeditorial.com
www.elvoeditorial.com

Primera edición: junio, 2025.

© Eloy Gayán.

© ELVO Editorial.

© diseño de cubierta y maquetación: Daniel Moscugat.

Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 800-2025

ISBN: 979-13-990601-0-2



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, diríjase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.

*A Isabel y Mariola.
A toda mi familia, en sus líneas y grados.
A todos los amigos de la niñez.
A mi editor, Daniel Moscugat, por su confianza.*

el
mAnifiesto
MAdELMAN

Eloy Gayán

elvo
EDITORIAL

Primera parte

El desánimo

Enero-junio, 1976

El arcoíris se desplegaba como un gran abanico y me permitía elegir colores. Podía adaptarlos a cada instante de la vida: para descansar, para jugar, para llorar. Sin embargo, el azul y el blanco los tenía vetados y condicionaban mis sentimientos. Dos colores propios de un traje de marinero, de un acto inocente y entrañable como la primera comunión. Una ilusión de la que mi padre me había privado cinco años atrás. Una negativa sin explicación, acompañada de un silencio que seguía sin comprender. A él solo le interesaba el color rojo de la portada de un libro, de apenas ochenta páginas, muy fino. Debía de ser muy importante porque no leía con asiduidad, pero aquel libro sí: *El manifiesto comunista*. En alguna ocasión lo había visto concentrado en su lectura, y al acabar lo ocultaba en la despensa junto a otros libros. Recuerdo la primera vez en la que me atreví a hojearlo amparado por la curiosidad. Me dejé arrastrar por el misterio provocado por la primera línea del prólogo, que hablaba de una organización obrera internacional «secreta»: la Liga Comunista. Cometí un error, y aquellas palabras que parecían misteriosas acabaron con mi niñez y con las lecturas infantiles. Pensé que descubrir el contenido de aquel libro era la única forma de llegar a entender a mi padre, aunque él no quisiera intentarlo conmigo.

No respetaba mi interés por el Catecismo, por lo que ocurría en la iglesia del barrio, un acceso que tenía prohibido. Solo le interesaba que mi madre, mi hermana y yo entiendiéramos que lo importante en la vida eran la lucha obrera y las reivindicaciones del proletariado. Mi padre no quería escucharme, nunca lo hacía, y se enfurecía cada vez que le intentaba explicar lo que representaba recibir el cuerpo de Cristo. Nunca respondía a mis preguntas, y si lo hacía, era de una forma abrupta, sin muestras de cariño. Tal vez se asombraba al formulárselas un niño de doce años y pensaba que me burlaba de su condición política, causante de un sufrimiento que afectaba a toda la familia: mi padre era comunista.

—¿Tú ves a Dios por alguna parte? ¡Dime!, ¿dónde está? Yo no lo veo —me exigió la última ocasión en la que me atreví a hablar con él de la comunión.

—Yo no veré a Dios, pero tú ves espectros que se ciernen sobre Europa, como ocurre con el comunismo. ¿Me equivoco? —pregunté sin ser consciente de su reacción.

—¡Te voy a dar!

Mi padre tenía que sospechar que las palabras que despren-
día mi boca, cuando discutíamos, no eran propias de un niño,
sino reflejo de su libro. «Espectro» era una palabra que apare-
cía en la sinopsis. La había buscado en el diccionario, conver-
tido en mi libro de cabecera desde que decidí adentrarme en el
mundo de los adultos, mi nueva tortura. Sus páginas se pegaban
unas a otras por su finura, y cada búsqueda se convertía en una
odisea. Preferiría no haber encontrado aquella palabra, porque
su significado me causó temores nocturnos y pesadillas: «Una
figura irreal, imaginaria o fantástica, que alguien cree ver; es-
pecialmente, imágenes de una persona fallecida que se aparece
a alguien». Me inquietaba saber que mi padre veía fantasmas,
porque el comunismo, según su libro, era un espectro.

Era extraño que mi padre leyera un libro que se había publicado en 1848, en Londres. Estaba traducido, pero yo poco entendía de lo que en él se explicaba. Se decía que el papa, el zar y las potencias de la vieja Europa se habían unido para luchar contra el espectro comunista. Creí descubrir el motivo por el que mi padre me prohibía entrar en la iglesia: el papa era su enemigo. *El manifiesto comunista* hablaba de opresores y de oprimidos, de libres y de esclavos. Tal vez mi padre se sentía oprimido como trabajador. Yo también me sentía así a causa de sus negativas, una opresión similar a la que me causaba el pantalón después de una buena merienda en casa de mi amigo Sancho. No me agradaban algunas de las palabras que aparecían en el libro: lucha, revolución, exterminio, beligerante... Mi hermana Dolores ya me había explicado sus significados. Yo jamás me pelearía ni exterminaría a nadie, y no me imaginaba a mi padre haciéndolo. Me preocupaba que tal vez quisiera exterminar a Dios, aunque como decía que no existía... Cosas de mayores.

A pesar de tantos impedimentos y rechazos cuando le hablaba de mis asuntos religiosos, tenía intención de luchar para lograr mi sueño, aunque fuera en solitario. A Dios no le importaba la edad de los niños para que pudieran recibir la primera comunión, y no se dedicaba a comprobar los DNI con la frecuencia con la que lo hacía la Policía Armada en la calle, con mayor insistencia tras la muerte de Franco unos meses atrás. Desde entonces, mi padre era presa de la alteración. Pasaba poco tiempo en casa y, cuando estaba, hablaba por teléfono con frecuencia.

—No será conferencia, ¿verdad? —le preguntaba mi madre en cuanto lo veía con el auricular en la mano.

Era una pregunta recurrente de la que yo tampoco me libraba. Mi madre interpretaba que el contacto de mi mano con el auricular significaba iniciar una conferencia, que pretendía

hablar con alguien que vivía en lugar muy lejano. Pero yo no conocía a nadie que viviera más allá de cuatro calles. Ella tenía que saber que mis llamadas no eran conferencias. Lo preguntaba obsesionada por la condición comunista de mi padre, temerosa de que pudiera hablar con Rusia, con Cuba o con China. Yo solo llamaba a Sancho y al padre Javier, mis apoyos en la lucha por hacer esa primera comunión que nunca llegó a celebrarse, a la que no renunciaba a pesar de su condición de sueño imposible.

Los nervios afloraban y se hacían visibles en casa y en el colegio. Los profesores hablaban en los pasillos con más frecuencia de lo habitual y cuchicheaban entre ellos, al igual que mis padres. Era lógico: España atravesaba un momento delicado. Yo era solo un niño, pero mi edad no me impedía entender lo que ocurría en las calles. Tal vez en otros compañeros la niñez corría pareja a la inocencia, al manto protector de sus padres. En mi caso no existía ese manto. A los míos no les importaba hablar de política, demasiado, en voz alta y a gritos en ocasiones, sin valorar que yo estuviera presente o atrincherado en mi habitación, sin que la puerta consiguiera detener los problemas. A su vez, durante las comidas y las cenas, momentos propicios para una unión familiar que no existía, no había confidencias. Yo creía que éramos una familia, sobre todo tras encontrar en un cajón de la mesita de noche de mi padre una especie de libreta. En la portada aparecía muy claro: LIBRO DE FAMILIA, y en el interior nuestros nombres y otros datos. En más de una ocasión lo llegué a sacar del cajón. Lo colocaba junto a la lámpara de noche con la esperanza de que mi padre recordara que éramos algo más que un libro, que se diera cuenta de que su hijo era algo más que un simple nombre escrito en una página. No había tiempo para preguntas y respuestas que un padre entregado compar-

tiría con un hijo. Era un hombre de contrastes, y pasaba de un monólogo descontrolado a un silencio desgarrador. Mi madre toleraba su comportamiento para poder disfrutar de una vida apacible.

La falta de discreción fue la causante de que yo averiguara que mi padre era comunista, lo que ya intuía por el contenido de su libro de cabecera, una condición que podría acabar con esa familia que no éramos. Ser comunista implicaba asumir riesgos, tal y como escuché en una conversación que no me correspondía, que no pude evitar dado el tono elevado que empleaban. La ansiedad y los sollozos se apoderaron de mi madre cuando hablaron de la posibilidad de que mi padre fuera detenido. Me sentaron en una silla y me hicieron prometer que nunca desvelaría detalles ni difundiría sus actividades clandestinas, sus salidas y entradas en casa a horas intempestivas. Corríamos peligro. Mi padre aprovechó aquel momento para hacer un repaso de la figura de Franco, de lo que había representado para él y para la familia. Yo no había sido consciente hasta entonces, y lo único que sabía era que había mandado en España y que aparecía en la televisión y en los periódicos. El pacto de silencio era necesario, sobre todo tras descubrir que la política podía transformar la vida de un país, como le ocurría a España, afectar a las personas y llegar a alterar su estado de ánimo, como en el caso de mi padre. Me hubiera gustado crecer sin conocer tantos detalles de mi país y de mi familia, porque solo servían para inquietarme y sufrir. Mis padres no eran conscientes de que no disfrutaba de mi infancia, como sí le ocurría a Sancho y al resto de mis compañeros. Ellos coleccionaban cromos de fútbol y conseguían completar sus álbumes. Yo también tenía algunos, pero vacíos, los que regalaban a la salida del colegio para animarnos a coleccionar. Los escondía para que mi madre no los viera. Decía que solo

ocupaban espacio y pretendía tirarlos a la basura. Pero me gustaba guardarlos por el colorido alegre de las portadas, y con ellos leía y aprendía los nombres de los futbolistas escritos en los rectángulos reservados para cada cromó, y los relacionaba con las imágenes que aparecían en la televisión. Como la paga que recibía los domingos solo alcanzaba para unas pipas y un chicle, nunca tuve cromos para pegar en ellos. Sancho me regalaba los que tenía repetidos dos o tres veces, pero no los pegaba en el álbum. Era desalentador ver a un solo jugador por página, sin opción de poder completar equipo alguno. Muchos de mis compañeros llegaban al colegio con los bolsillos de los pantalones llenos de cromos para cambiarlos. Con solo mirarlos, podía adivinar la cantidad, y algún bolsillo estaba tan deformado que parecía que iba a explotar.

Mis penas se acabaron gracias a una ocurrencia absurda, con la que pude iniciar mi propia colección de cromos: decidí crearlos yo. Empecé a recortar las figuras de los futbolistas que aparecían en los periódicos que leía mi padre. Eran en blanco y negro, con una calidad alejada del colorido y del brillo de los cromos auténticos. Pero no me importaba. Coloreaba las imágenes con mis pinturas y por detrás les pegaba un trozo de cartulina para que no se doblaran. Tanto revisaba los periódicos para buscar fotografías de jugadores que, sin pretenderlo, descubrí los rostros de los políticos de los que se hablaba con frecuencia en casa, sobre los que se discutía. De tanto escuchar sus nombres podía recitarlos de memoria, como si se tratara de una alineación de futbolistas: Arias, Areilza, Osorio, Suárez, Carrillo, Fraga... Me invadió un interés extraño por sus fotografías y empecé a recortarlas. Se trataba de una colección que no tenía nada que ver ni con el fútbol ni con las quinielas, pero me servía para conocer sus caras. Coloqué en un lugar preferente, en el de capitán, a Santiago Carrillo. Era el jefe de mi padre, del que hablaba

a todas horas como si de un héroe se tratara. Así, si encontraba mis álbumes y lo veía al frente, se alegraría.

Con mi colección de fichajes políticos aprendí que el presidente del Gobierno era Carlos Arias Navarro. Lo pegué junto a sus ministros. Era un equipo real, como los de fútbol, con la diferencia de que no corrían por un campo ni metían goles, pero asumían una gran responsabilidad y nuestro futuro dependía de ellos. Los políticos no eran futbolistas, pero algunos lo parecían. Las zancadillas existían en su juego, y si yo fuera árbitro, les enseñaría tarjeta y los expulsaría de la política, porque en el trabajo en equipo, como hacíamos en ocasiones en el colegio, sobran los protagonistas, los zánganos, los liantes y los embusteros.

Pero ocurrió algo inesperado. Al buscar en los periódicos material para mis colecciones, descubrí y empecé a recortar las noticias y las fotografías de los temas que centraban las conversaciones familiares. Las leía y las pegaba en los álbumes vacíos. Creí que así podría aprender e intervenir en esos momentos de tertulia y no quedarme aislado. Algunas noticias afectaban a mi padre: los obreros dejaban de trabajar para presionar al Gobierno y dar jaque mate al rey, como en el ajedrez al que yo jugaba con Sancho. Descubrí lo que era una huelga el día que mi padre empezó a quedarse en casa sin ser temporada de vacaciones. Aquellas huelgas formaban parte de esa lucha obrera de la que hablaba *El manifiesto comunista*. En los momentos de huelgas y de manifestaciones me acordaba de Dora, mi abuela paterna, porque las protestas más importantes se organizaban en Madrid, donde ella vivía. Entonces empecé a entender a mi madre cuando nos decía que vivíamos muy tranquilos en provincias, aunque Asturias no era especialmente un ejemplo de calma, y Oviedo, como capital, era el centro de todas las manifestaciones. Algunas de esas huelgas madrileñas me provocaron temor, como la del Metro. Me había imaginado qué ocurriría si empe-

zara sin que nadie diera aviso y pararan los vagones en medio de un túnel. Y llegó la huelga en Renfe, en Correos...

Tiempo después, dudé y estuve a punto de abandonar la colección de noticias. El álbum se había convertido en sufrimiento. Las fotografías de los asesinatos cometidos por los grupos terroristas ETA y GRAPO me provocaban lágrimas. Me encerraba en la despensa para que nadie me viera en tal estado, pero la oscuridad no era una buena aliada para olvidar el asesinato de Manuel Vergara Jiménez, guardia civil en Villafranca de Ordicia, al retirar una bandera vasca conectada a un explosivo; o el del alcalde de Galdácano, Víctor Legorburu; o el de un mecánico en Cizurgil, Julián Galarza Ayastury; o el de Emilio Guezala Aramburu, inspector de autobuses en Lezo; o el de Manuel Albizu, taxista en Zumaya; o el de Ángel Berazadi Urbe, industrial en Plasencia que había sido secuestrado; todos entre enero y abril de 1976. Vidas que se truncaban cuando los acribillaban, sin compasión, y sus caras y sus cuerpos deformados por las balas pasaban a formar parte de mi colección. Al descontrol y a la barbarie se sumaban los secuestros de Francisco Luzurriaga y de José Luis Arrasate, final y felizmente liberados. En España se jugaba al escondite, pero con hombres a los que se les privaba de sus hijos y de sus mujeres.

Era lógico el nerviosismo de mis padres y de mis profesores. España se despertaba, cada mañana, con un nuevo sobresalto. La violencia y la sangre no solo la provocaban ETA y GRAPO, sino que también morían españoles a manos de pistoleros de extrema derecha, de la Policía Armada en manifestaciones que no estaban autorizadas y en las que se descontrolaba el uso de la fuerza, manifestaciones similares a las que acudía mi padre. Temía por su vida.

Ni el mismo Dios era capaz de controlar lo que ocurría a las puertas de su reino en la tierra. Así había sucedido en la

parroquia de San Francisco de Asís, en Vitoria, el 3 de marzo. Cientos de trabajadores en el interior, reunidos en asamblea. Unos botes de humo lanzados por la policía a través de las vidrieras crearon pánico. Al salir al exterior los que estaban allí concentrados, se abalanzaron sobre las fuerzas del orden que custodiaban la iglesia. Esas fuerzas, descontroladas, acabaron disparando contra los manifestantes. Cinco muertos, cuarenta y cinco heridos de bala y otros cien por golpes. Así aprendí el peligro que representaba la lucha obrera. De esos muertos, Francisco Aznar Clemente solo tenía diecisiete años. Solo cinco más que yo, solo uno más que mi hermana. Trabajaba en la Panificadora Vitoriana, y sus manos dedicadas a amasar no lo harían más. Si la lucha obrera implicaba la muerte, esa lucha no merecía la pena. La crudeza de las fotografías de la prensa aumentó al ver las imágenes en la televisión: gritos, enfrentamientos, carreras, la trayectoria de las porras y de las piedras..., lo más semejante a una batalla campal, como en las películas, pero todo era real. Decidí, entonces, dejar de ver la televisión. Pero mi idea no tuvo éxito alguno gracias al volumen que le daba mi padre. Era tan elevado que traspasaba la puerta de mi habitación y seguía enterándome de todo lo que ocurría en España. Conocía las voces y las caras de Pedro Macía y de Eduardo Sotillos, los presentadores de las noticias, que no podían disimular la amargura que afloraba en sus comentarios. Yo sentía tristeza, y pensaba que en aquellas noticias e imágenes podrían aparecer los rostros de mi hermana, de mis padres. Solo deseaba que mi familia fuera el equivalente a esos cromos que nunca aparecían en los sobres y que me obligaban a dejar espacios en blanco. El blanco, en mi colección, era sinónimo de vida.

Tal era la cantidad de noticias que recortaba que llegué a cubrir todas las páginas de un viejo álbum del Mundial de 1974 que nunca había usado. Me vi obligado a pegar una hoja en la

portada y escribir, con letras muy grandes, muy a mi pesar: ESPAÑA TRÁGICA, 1976.

Santiago Carrillo generaba noticias de forma constante en los periódicos. No podía regresar a España, y si lo hacía, lo detendrían. Bajo la apariencia de un simple juego, para que Sancho no pudiera sospechar de mi extraño interés por un dirigente comunista, analizábamos las fotografías de las ruedas de prensa que celebraba en el extranjero. Convertidos en detectives, indagábamos sobre el país en el que se encontraba. En una de esas fotografías solo se veía gente y un micrófono muy moderno, que no se asemejaba al de los presentadores del *Telediario* ni a los que usaban los cantantes españoles. No era un modelo nacional. Sancho se fijó también en el tamaño y en la forma de las ventanas.

—¡Son muy grandes! Además, no tienen persianas. Tienen contraventanas de madera que dejan pasar algo de luz.

—¿Desde cuándo sabes tú tanto de ventanas?

—¡Santiago Carrillo está en Francia! Esas ventanas se parecen a las de un hotel en el que estuve un verano con mis padres, en Biarritz. Hazme caso.

No sabía que Sancho había visitado Francia. ¡Qué lejos me parecía a pesar de estar pegada a España! Yo nunca había viajado fuera de la provincia, no más allá de cien kilómetros. Mi padre no tenía coche y mi madre se mareaba en el autocar, así que los viajes a lugares lejanos solo existían en mi cabeza.

Con la lectura de las noticias sobre Santiago Carrillo descubrí que sus ideas habían evolucionado. Ya no estaba tan convencido de la necesidad de la lucha para alcanzar sus objetivos. Algunos camaradas, entre los que estaba incluido mi padre, no compartían sus afirmaciones. Y todo porque no coincidían con

el
mAnifiesto
MAdELMAN

Eloy Gayán

elvo
EDITORIAL

ÍNDICE

PRIMERA PARTE:

El desánimo.

(Enero-junio, 1976)..... 13

SEGUNDA PARTE:

Lo imposible frente a lo posible: caos y esperanza.

(Julio-diciembre, 1976)..... 45

TERCERA PARTE:

Un pueblo sereno. Dos hombres perspicaces.

(Enero-junio, 1977)..... 125

Este libro terminó de imprimirse en Málaga
un 3 de julio de 2025
coincidiendo con el natalicio del escritor
Franz Kafka
en cuarto creciente.







El Gobierno y la familia Oriol insisten en negociar

Ningún comunicado de origen fiable ha sido emitido en el primer día del año por los secuestradores del señor Oriol. Por su parte, la esposa y el hijo mayor del secuestrado transmitieron un mensaje por Radio Nacional, cuyo texto reproducimos en página nueve.

El dato más importante de la jornada podría consistir en la existencia, cada vez más clara, de un propósito negociador por parte del Gobierno, interesado en una solución rápida.

Los secuestradores con vida al menos uno de ellos, que se estudian la comunicación recibida por el Gobierno, el secuestrado vive, habría que esperar en las próximas cuarenta y ocho horas un comunicado definitivo en el que se concretaran las fórmulas para la liberación del presidente del Consejo de Estado y la superación de la crisis abierta en el pasado 11 de diciembre.

Las medidas del último Consejo de Ministros, que algunos medios han considerado como previas a una ampliación del último indulto, no son un desenlace.

LA TRIPLE «C» EL ASÍ DE ART

MADRID, 24 (INFORMACIONES).—La familia, firmada ayer como consecuencia de dos impactos de bala por una pluma de calibre 7,62, el cual, como se dijo en el momento anterior: «Vivos Cristo Rey».

No existe, al parecer, la familia, sino la Alianza Apostólica Anticomunista de España.

Para de las víctimas de la crisis capital, pensable.

EL PAIS

Pistoleros de extrema derecha siembran el terror en Madrid



Las debilidades de un Gobierno fuerte

Mundo. Dobru

LIBERTADES O ABSTENCION



VOCACION TERRORISTA EN LA MADRUGADA DEL 18 DE JULIO

UNAS TREINTA BOMBAS HICIERON EXPLOSION EN DIVERSOS EDIFICIOS PUBLICOS EN LA MADRUGADA DEL 18 DE JULIO, CONSIDERABLES DESTROZOS EN LA CASA EN EL MINISTERIO DE JUSTICIA Y EN...

46 MUER

Carrero Blanco

Habla pueblo



Fueron

El conductor del presidente de la Diputación falleció a las 11 de la noche. La solución contra el terrorismo...